

Julieta Yelin

Alberto Giordano

Vida y obra. Otra vuelta al giro autobiográfico

Rosario: Beatriz Viterbo, 2011. 123 págs.

La contraseña de los solitarios. Diarios de escritores.

Rosario: Beatriz Viterbo, 2011. 147 págs.

Julieta Yelin es investigadora asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (Conicet). Doctora en Humanidades con mención en Literatura por la Universidad Nacional de Rosario. Ha publicado, entre otros trabajos, “Viajes a ninguna parte. Sobre la representación de la animalidad en ‘Meu tio o iauaretê’ de João Guimarães Rosa y *A paixão segundo G. H.* de Clarice Lispector” (*Itinerarios*, Universidad de Varsovia, 2008), “Kafka en Argentina” (*Hispanic Review*, University of Pennsylvania, 2011) y “El giro animal en la literatura latinoamericana actual. Huellas kafkianas en la escritura de César Aira y Wilson Bueno” (*Boletín*, Universidad Nacional de Rosario, 2011).
Correo electrónico: julietayelin@conicet.gov.ar

El saber y el sabor de la vida

El trabajo crítico de Alberto Giordano es literario y contagioso. Literario porque permite, como las buenas ficciones, dejar que el lenguaje piense por fuera de las reglas convencionales del “pensar”, impuestas a las llamadas ciencias humanas, fundamentalmente, por las demandas de la burocracia académica. Así como la literatura piensa la realidad con un lenguaje indisciplinado –en el sentido de rebelde, y en el de ajeno a las disciplinas que organizan los campos del saber–, así también la crítica puede, si encuentra el modo, pensar literariamente la literatura, dejarla decir sin violentarla, oírla con el interés y el afecto con que se oye a un amigo íntimo –quizás por eso en el epílogo de *Vida y obra*, en un hermoso ensayo autobiográfico, Giordano cuente que un amigo le propuso fundar los *friendly studies*–. Y es un pensamiento crítico contagioso porque nace de una lectura libre, gozosa y atenta al ánimo de sus propios lectores; es decir: cercana, sensible, divertida. Los libros aquí reseñados son una verdadera posibilidad de crítica, y esto significa también, para aquellos que estén dispuestos a ejercitarla, una posibilidad de vida.

Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas es precisamente el título del volumen con el que el crítico dio inicio en 2006 a una serie de trabajos dedicados a los llamados *géneros íntimos*, dentro de los cuales se inscriben las narraciones autobiográficas, los diarios íntimos, las memorias, la correspondencia. Si bien es cierto, como el propio autor señaló en una entrevista para el diario santafesino *La Voz del Interior*, que su interés por las relaciones entre escritura e intimidad se remonta a los comienzos de su práctica crítica –en su concepción del ensayo como relato de la experiencia (singular, intransferible, incierta) de lectura–, *Una posibilidad de vida* inauguró una rama frondosa de su producción, de la que surgieron en los años siguientes *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*, de 2008 –que tuvo una importante repercusión en la crítica y el periodismo cultural nacional– y, finalmente, *Vida y obra. Otra vuelta al giro autobiográfico y La contraseña de los solitarios. Diarios de escritores*, ambos de 2011.

Las cuatro obras se enlazan de forma orgánica; en cada una resuena el eco de la anterior y se anuncia ya la siguiente. La escritura de Giordano no oculta el hilo con que se hilvanan sus reflexiones, y esa exposición es una característica fundamental de su modo de entender el trabajo crítico. El conocimiento se presenta como una construcción no exenta de contradicciones, de marchas y contramarchas, de diálogo con colegas lejanos o cercanos en el tiempo y en el espacio –entre los más próximos, Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer, Daniel Link, María Moreno, Nora Avaro (autora de dos ensayos que se incluyen a modo de apéndice en *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*)– y, sobre todo, consigo mismo. Leyendo estos

ensayos se aprende, y tal vez ese sea el contagio más provechoso, que no hace falta impostar seguridades; la incertidumbre puede ser la mejor compañera del crítico si lo que busca es saber, en el sentido de conocer y también en el de tener sabor, es decir, de saberles a algo a sus lectores.

En *Vida y obra. Otra vuelta al giro autobiográfico* esa voluntad de saber gira en torno de una pregunta que procura desplazar la preocupación por el valor social de los textos literarios –eso que Giordano llama su *peso cultural*– hacia un territorio crítico más fecundo: “qué pueden un texto o una obra sobre nosotros, sobre nuestra capacidad de pensar y sentir mientras rememoramos –en el sentido de acordarse y de recordar– lo que pasó en la lectura” (18). Y los ensayos, que abordan un conjunto de textos autobiográficos argentinos recientes –*Un final feliz (relato sobre un análisis)* (2009) de Gabriela Liffschitz, *En la pausa* (2009) de Diego Meret, *Relatos reunidos* (2010) de Hebe Uhart, *Una idea genial* (2010) de Inés Acevedo, *La intemperie* (2008) de Gabriela Massuh y *Dos relatos porteños* (2006) de Raúl Escari–, indagan una y otra vez, con pericia detectivesca, qué fue lo que sucedió al leerlos, qué supo y a qué supo la lectura. Y a qué sabe la vida de los que la escriben cuando atraviesa el tamiz de las palabras.

El paso de la vida a través de las palabras es la fórmula que Giordano prefiere para pensar su objeto de estudio porque expresa, mejor que ninguna otra, “el acontecimiento en el que se realizan los deseos de quienes escriben y quienes leemos literatura” (“Cultura de la intimidad”). Esa misteriosa realización se produce en un territorio liminar abierto por la escritura entre el narrador y su vida, entre el lector y la vida leída, entre el lector y la propia vida. Allí, en ese espacio imposible de medir, entra en juego no solo lo que cada escritor es capaz de relatar o de relatarse como historia vivida sino también, y de forma crucial, lo que se desconoce, eso “íntimo e inexpresable” que, sin embargo, “pugna por ser dicho” (*El giro autobiográfico* 11). Aquello en lo que el crítico pone todo su afán, su saber y su intuición. “La vida es, dicho con sobriedad y precisión, lo más extraño; contiene en sí la esencia de la realidad” (*Diarios* 105), anota Virginia Woolf en su diario. En uno de los dos ensayos que Giordano ha dedicado a la escritora, conceptualiza lúcidamente el entramado invisible de esa realidad:

Lo que Woolf llama *realidad* es siempre el correlato de una experiencia incommunicable, la manifestación de una certidumbre vacía de sentido, una evidencia repentina que se hurta, soberana, a los poderes de la nominación. Es *eso* que aparece en el intervalo entre-momentos cuando no aparece nada, cuando todo se hunde en su imagen. La vida, *una* vida, como proceso impersonal y extraño, como experiencia aterradora y excitante de los límites de la subjetividad: la irrupción del afuera en el corazón de lo íntimo (*La contraseña* 128)

Vida y obra son universos tensionados por la fuerza transfiguradora de lo imaginario. El relato intenta darles forma, establecer entre ellas relaciones causales, explicarlas la una a la otra a través de la figura evanescente del autobiógrafo, pero siempre fracasa: la tensión no se resuelve en la fantasía de una identidad totalizadora –contarlo todo– o reveladora –contar la *verdad*–, ni tampoco en la disociación absoluta –separarse de la vida, tomar distancia de ella para poder verla–, sino que mantiene la narración en esa zona difusa que le permite a quien escribe, como al soñador, ser protagonista y observador al mismo tiempo, “experimentar en la escritura de sí mismo la íntima ajenidad” (*Vida y obra* 43). Y al crítico, como en un juego de espejos, le concede la posibilidad nada desdeñable de apreciar la descomposición de su propia subjetividad, sentir el pulso de esa corriente neutra que también es su propia vida y asomarse a lo que la búsqueda del autobiógrafo tiene de potencialidad creadora. “La literatura adviene, habrá advenido, si el ensayo crítico se convierte en escritura de sí mismo” (18).

En *La contraseña de los solitarios. Diarios de escritores*, los poderes de las escrituras íntimas sobre la lectura parecen intensificarse; el pasaje de la autobiografía al diario íntimo expresa una voluntad de abordar lo más próximo, lo más inmediato. De ese modo el crítico puede apreciar con mayor fidelidad los tonos, las repeticiones, las omisiones; tomar el pulso, sentir cómo respira la vida, cómo se expande y se contrae, como se tensa y relaja; descubrir que en lo más pequeño y banal se oculta lo que realmente importa, del yo y de la escritura. Con ese procedimiento, que exige la delicadeza de quien acerca la mano a una herida, registra cómo la literatura, esa inclinación que los diaristas comparten, interfiere en los propósitos que verbalizan: la vida literaria, con sus demandas físicas y sociales, corroyendo la disciplina a la que se somete Ricardo Güiraldes en sus “cuadernos de contabilidad espiritual”; el deseo de Rodolfo Walsh de escribir una novela, obturado por el peso de la moralidad cristiana; la desoladora soledad en que la deja a Virginia Woolf la muerte de su talentosa rival, Katherine Mansfield, el único espejo en el que podía mirarse –“Virginia esperaba impaciente las señales de Katherine, siempre al borde de la decepción, para poder ir al encuentro de sí misma” (*La contraseña* 117)–; la fe de Ágata Gligo en la institución literaria, que priva al diario de todo aquello nimio y contingente que transmite una “sensación de vida, el más literario de los efectos” (143). Todos esos afectos y esas afecciones que el diarista no se atreve a confesarse y que sin embargo insisten y se manifiestan en las formas más sutiles de la escritura.

En la lectura de diarios Giordano *juega* al analista en el sentido más productivo y serio de la palabra: conoce las reglas, las acepta, se entrega a su fluir y toma el resultado como fruto de ese acontecimiento único e irrepetible, azaroso

y necesario al mismo tiempo. Y además ensaya una técnica que quizás se acerque más al juego teatral que a la tarea psicoanalítica: siguiendo una regla básica que dice que el tono es un efecto de la relación de interlocución, dialoga con cada uno de los diaristas en el registro que ellos mismos proponen. Para cada uno tiene un humor, unas licencias, una severidad o una ternura diferente. Como si les dijera: te conozco; percibo la ambigüedad bajo las afirmaciones más categóricas, la reticencia que socava los firmes propósitos, la melancolía de la empresa fracasada de antemano. Tal vez esa capacidad de oír lo que sus diaristas no dicen y de hablarle a cada uno sin imponer un discurso crítico prefabricado sea el mayor mérito de estos ensayos y, lamentablemente, el más difícil de contagiarse. No nos hagamos ilusiones: no se puede imitar la sensibilidad.

Obras citadas

- Giordano, Alberto. *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2006.
- ___ “Cultura de la intimidad y giro autobiográfico en la literatura argentina actual”. *Rayando los Confines* 21 (diciembre 2007). 25 de junio de 2012. Web. <http://www.rayandolosconfines.com.ar/pc21_giordano.html. 25 de junio de 2012>.
- ___ *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*. Buenos Aires: Mansalva, 2008.
- ___ *Vida y obra. Otra vuelta al giro autobiográfico*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2011.
- ___ *La contraseña de los solitarios. Diarios de escritores*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2011.
- Miroux, Jean-Philippe. *La autobiografía. Las escrituras del yo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005.
- Woolf, Virginia. *Diarios 1925-1930*. Ed. Anne Olivier Bell. Trad. Maribel de Juan. Madrid: Siruela, 2003.